

mas fuertes, que revelaban una situacion desesperada en el que los proferia.

Acercáronse nuestros dos desconocidos, y el que al parecer tenia mas autoridad, mandó á su compañero que llamase á la puerta, con el fin de saber la causa de los desconsoladores ayes que se escuchaban.

Obedecióle aunque á su pesar, y al tercer golpe que dió, cuando ya su vibracion se iba perdiendo en el espacio, una voz varonil respondió desde dentro, y abriéndose la puerta se asomó á ella un hombre jóven aun, pero acabado por los padecimientos.

Al ver las figuras poco sospechosas de los dos caballeros, les invitó á que entrasen, conceptuando que quizá podrian servir de algo á los que tan á deshora le visitaban.

—Buen hombre, le respondió el mas alto, no ha sido nuestro intento incomodaros. Oimos los lamentos que salen de vuestra casa, y á fuer de hidalgos y españoles, deseamos socorrer á nuestros hermanos. Si está al alcance de los hombres aliviar vuestra desventura, sea cualquiera su causa, yo estoy dispuesto á haceros ver que la Providencia no está lejos aun en los momentos mas afflictivos. Hablad.

—Larga sería esa relacion, generoso caballero, y requeriria otro lugar mas digno de vuestra merced. Pero ya que no quereis honrar mi pobre habitacion, os haré un súcinto relato de mi angustiado estado: Soy artesano y esposo de una infeliz que yace en este momento en el lecho, agoviada por una cruel enfermedad. Hace varios dias que me hallo falto de trabajo, y en este intervalo mi mujer ha dado á luz un hi-

jo, que en otros momentos hubiera sido mi felicidad, pero que ahora es causa de mi desventura.

—Estraña contradiccion, exclamó el caballero; esplicaos.

—Es que, prosiguió el artesano como temeroso de pronunciar lo que le faltaba, es que por mi falta de medios, ese hijo que debia hacer mi felicidad en este mundo, está próximo á salir de él, sin que lo purifiquen las aguas del bautismo. Señor, hace ocho dias que vive. y aun no ha entrado en el gremio de la Iglesia, por falta de un poco del despreciable metal para comprar este derecho.

—D. Pedro, le dijo, mañana dispondreis lo necesario para que con arreglo á mi clase se practique la sagrada ceremonia. Y tú, añadió dirigiéndose al mancebo, ve si aceptas el ofrecimiento que te hago de ser padrino de tu hijo.

—Señor, respondió el agradecido artesano, si en algun tiempo pude dudar de una Providencia que me abandonaba en los momentos de dolor, hoy conozco su mano en las palabras de consuelo que generosamente me dirigís. Cualquiera que seais, noble ó pechero, honrado ó delincuente, acepto vuestra oferta, como emanada de una voluntad suprema; y en pago de ella me reconozco en cuerpo y alma vuestro esclavo.

—Cuál es el arte en que te ejercitas? preguntó el caballero, advirtiéndole esparcidas por el portal algunas herramientas que le eran desconocidas.

—Soy tornero, é hijo del mejor maestro que en dicho oficio se ha conocido en la ciudad.

—Pues bien, toma para remediar tus mas urgen-

tes necesidades, y olvida que aun por un momento dudaste de la imparcial justicia del que lee hasta en lo mas profundo de tu corazon la ardiente fé con que le bendices.

Esto dijo alargándole un bolsillo lleno al parecer de oro, segun el sonido argentino que dejó escapar pasando á la mano del sorprendido tornero.

—Hasta mañana á la hora de la ceremonia, añadió el caballero despidiéndose con un saludo majestuoso.

—Hasta mañana, repitió el artesano; y queriendo añadir algunas palabras de agradecimiento, tendió la vista á su alrededor y se encontró solo como si todo cuanto habia visto y escuchado hubiese sido un sueño.

Los dos caballeros habian desaparecido: pero el bolsillo que aun se hallaba en su mano, dejaba conocer bien á las claras que era real y efectivo el diálogo que acabamos de referir.

De allí á pocos momentos la calle de Elvira se hallaba silenciosa como una tumba. Solo de vez en cuando se oia el cóncavo bramido de la tormenta que se alejaba.

II.

Magnífica y suntuosamente decorada se hallaba la nave principal de la Iglesia de S. Andrés en la noche

siguiente á aquella en que principia nuestra historia. Brillantes arañas sosteniendo innumerables bujias de blanca cera, reflejaban en las losas del pavimento mil caprichosas figuras, que solia desvanecer el paso precipitado de algún sacerdote, dirigiéndose hácia el presbiterio para prepararse á la ceremonia. En una de las capillas próxima á la puerta de entrada, el lujo sagrado habia recurrido á toda su magnificencia, para deslumbrar á los que presenciaban tan misteriosos preparativos.

Infinidad de preciosos cuadros y ricas colgaduras de damasco cubrian sus paredes, y en medio de ella sobresalia como un símbolo de pureza, la blanca pila cuyas aguas borran la imagen del pecado. Los sonidos metálicos de las campanas que repicaban á vuelo y que en alas del viento se estendian hasta los confines de la ciudad, llamaban la atencion de sus moradores, que se dirigian solícitos hácia el templo, ignorantes de la solemnidad que se preparaba.

Hasta para las personas que indudablemente habian de hacer un papel principal en ella, era un secreto cuál fuese el niño á quien la Iglesia iba á hacer tan ostentoso recibimiento. Al cura le habian dado las órdenes y el oro suficiente para cumplirlas, y recorria en vano su memoria, tratando de adivinar un nombre que pudiera aclararle los acontecimientos que preveía.

La multitud veia con impaciencia trascuir los instantes. Solo faltaban los personajes principales para la ceremonia, cuando el tornero y una parienta anciana conduciendo á un niño en sus brazos, atravesaron la puerta de la parroquia de S. Andrés. A vista de la

importante perspectiva que se les presentaba, se habían detenido junto al umbral, retratándose la mayor sorpresa en el rostro del mancebo.... Pero una voz amiga que recordó haber oído la noche anterior pronunció la palabra «adelante,» y como si hubiese sentido el contacto de una barita mágica, el tornero atravesó la multitud yendo á situarse en medio de la capilla, con no poco asombro de los que aguardaban en su lugar algun poderoso magnate. Un caballero cubierto la faz con el embozo se hallaba á su lado, y el cura prevenido de que el pobre artesano á quien pocos dias antes habia llegado su auxilio, era el que ahora ostentaba tanto boato, se preparaba para cumplir los sagrados ritos,

Los ecos de las capillas y de las bóvedas repitieron las sonoras voces del órgano. En aquel momento se daba principio á la ceremonia.

Breve fué su duracion. Habia llegado la hora de saber el nombre del padrino á quien se atribuia la gloria de ser el autor del lujo y la magnificencia desplegada. El párroco pasó á estender la partida y escribió hasta el momento de preguntarlo.

Entonces salió el embozado caballero del grupo en que se ocultaba, y se fué acercando lentamente hasta dominar la multitud.

A las dos primeras preguntas que se le dirigieron, contestó llamarse Felipe, sin descubrirse ni añadir su apellido segun costumbre.

La multitud aguardaba ansiosa el desenlace. El sacerdote sorprendido y aun irritado por esta falta, repitió con voz alterada la fórmula de «*Fué su padrino...*»

—Felipe, volvió á repetir el desconocido.

—De qué? insistió el cura con acento que en vano quiso hacer firme.

—*Felipe II, Rey de España y de sus Indias*, contestó aquel á quien se dirigia, y tirando el embozo descubrió á los ojos de los atónitos circunstantes la severa faz del hijo de Carlos I.

Imposible pintar los diferentes efectos que produjeron aquellas palabras. El sacerdote herido súbitamente como de un rayo, cayó contra las losas del pavimento, y al intentar levantarlo vieron que habia lanzado el último suspiro, á causa sin duda de tan repentina revelacion.

La sorpresa se retrataba en todos los semblantes. El tornero, confundido por el inesperado honor que recibia su hijo, contrayendo tan estrecho vínculo con el poderoso monarca de dos mundos, no osaba ni aun respirar, temeroso de ver desaparecer como el humo un sueño tan lisonjero.

La partida acabó de estenderse por el beneficiado de S. Andrés y la comitiva se dirigió silenciosa hácia la casa del tornero.

De allí á pocos momentos el gran rey atravesaba el umbral de la humilde habitacion donde reposaba la madre del nuevo cristiano.




se referia al gran rey, en cuyos dominios jamás se ocultaba el sol, segun espresiones de un historiador contemporáneo (1).

(1) Hasta hace pocos años, en que un incendio destruyó el archivo de la parroquial de S. Andrés, se encontraba en sus libros de asientos una partida, cuyo tenor principal era el siguiente.—Yo D. F. de T. cura párroco de la parroquial de S. Andrés de esta ciudad, bauticé solemnemente á Felipe, Juan, Maria de la Encarnacion Jimenez, hijo etc. Fué su compadre..... Aqui habia un gran borron como si la pluma, hubiese caido de la mano que la sostenia. En seguida continuaba de otra letra: Fué su compadre el Sr. D. Felipe II de Austria, rey de España y de sus Indias.

La partida comenzada por el cura, estaba firmada por el beneficiado á causa; segun explicaba una nota, de haberle producido la muerte tan repentina é inesperada revelion. Este es el fundamento histórico de cuanto acabamos de referir (N. del A.)

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA



El...

LOS DOS PINTORES.

POR

D. Luis de Moutes.

A mi amigo el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra

y Orbe.

Curiosa al par que interesante es la historia de las bellas artes de Granada. Esta ciudad en la que se formó la cuarta escuela española de pintura, y que reconoce por jefe al racionero Alonso Cano que sobresalía tanto en este ramo como en los de escultura y arquitectura, produjo muchos y excelentes profesores, cuyas preciosas obras confinadas en los claustros y en las capillas de sus innumerables conventos, apenas han sido conocidas hasta ahora, en que reuniéndose todos los objetos artísticos, que se han podido salvar de las revueltas pasadas, en el museo provincial, han aparecido cuadros que podían rivalizar, tanto en la composición, en el dibujo y en el colorido, con lo mejor que han producido las escuelas italiana, flamenca y

francesa. Vense allí vírgenes con la espresion y dulzura de las Madonas de Rafael, cabezas tan valientes como las del Corregio, grupos tan bien entendidos como los de Lesueur, paisages tan amenos como los de Berghem; en fin, se encuentra el colorido del Ticiano, la valentia de Rembrandt y el exacto dibujo de Vinci.

Y sin embargo, en la historia de las bellas artes eran desconocidos los nombres de Cano, Bocanegra, Sevilla, Mesa, Herrera Barnuevo, Ciesa, Cotan, Mora, Mena, y otros ciento orgullo de Granada, hasta que al colocar en las suntuosas galerias del Louvre los cuadros que el Baron Taylor adquirió en 1836 y 37, dijeron los pintores extranjeros: esas son obras maestras, y proclamaron á Cano un pintor de primer orden; buscaron con ansia sus obras, y anunciaron á la Europa artistica la existencia de una nueva escuela, la de Granada: entonces volvieron los ojos hácia esta ciudad, y buscaron las preciosas obras de los grandes pero modestos artistas que habian trabajado con una fe verdaderamente religiosa en una profesion, que aun cuando estimada, no les proporcionaba otra recompensa que la de ver sus obras embelleciendo las capillas y los claustros de las iglesias.

Curiosísima, repetimos, sería la descripcion histórica de las bellas artes de Granada: pero habiendo desempeñado este trabajo con mucho fino y maestria, aun cuando con rapidez, otra pluma (1), renuncia-

(1) Bellas artes de Granada: memoria histórica que en la apertura del Museo provincial de Granada, pronunció el Señor D. José de Castro y Orozco, presidente de la comision científica de la provincia.

mos á él, y nos limitaremos á dar á conocer á uno de los mas aventajados discípulos del racionero Cano, considerándolo bajo el doble aspecto de hombre de sociedad y de artista.

Inmenso era el gentío que circulaba por las calles y plazas de BibRambla de Granada el día del Corpus del año de 1688, atraído no tan solo de los lugares circunvecinos, sino tambien de las ciudades de Málaga, Sevilla, Córdoba, Jaen, Murcia y Almería por la fama de las suntuosas fiestas que el Ayuntamiento habia dispuesto para celebrar tan grande solemnidad. Acababa de regresar á la catedral la procesion con sus innumerables comunidades religiosas, sus tribunales, sus corporaciones, y las alegorías que la acompañaban, y todo el mundo recorria la carrera adornada de esquisitas colgaduras, y de magníficos lienzos alusivos al Sacramento pintados por los mas sobresalientes profesores de la ciudad. Unos forasteros examinaban con embebecimiento los hermosos jardines, y los caprichosos juegos de aguas que se habian improvisado en el centro de la plaza: otros, y no eran los menos entre los que se veian los elegantes jóvenes de aquella época, seguian los pasos de alguna doncella escoltada de dueñas y escuderos, cuya hermosura habian adivinado por unos ojos que brillaban á través del velo que ocultaba su fisonomia: aqui, habia algunos que leian las composiciones poéticas que con profusion aparecian en las galerías de la plaza: mas allá, se advertia un grupo de labriegos que miraba con éstasis los caprichos de las carocas, y finalmente, observabanse unos cuantos individuos que por su porte indicaban ser personajes de importancia, ana-

lizando y comentando las bellezas y los defectos de los cuadros al óleo que estaban espuestos en un sitio preferente.

—Admiro sobremanera, decia uno que por su toga manifestaba pertenecer á la Chancillería, la dulzura y la suavidad del pincel de D. Pedro Atanasio Bocanegra: he ahí una virgen con toda la belleza celestial que puede adivinarse de la madre de Dios; esa cabeza llena de bondad, esa frente purísima, esa rubia cabellera que parece ondular por el movimiento del aire, y esa vestidura tan natural revelan un pintor de un mérito sobresaliente y como á tal reconozco á Atanasio.

—Concedo todo cuanto vuestra señoría indica, repuso un inquisidor que estaba á su lado, pero si admiramos á Atanasio, no neguemos la misma admiración á Juan de Sevilla de quien es el cuadro que está al lado: miren vuestras mercedes ese Evangelista, esa cabeza inspirada que se destaca tan valientemente del fondo, esos toques tan atrevidos, esa mezcla de tintas para producir un efecto tan sorprendente. Si los amigos de Atanasio no vacilan en llamarle el Rafael Granadino, no titubearé yo en llamar á Juan de Sevilla el Anibal Carraccio español.

—Ay amigos, exclamó un anciano, ya han concluido los buenos dias de la pintura: murió Velazquez, murió Murillo, murió Cano....

—Pero vive Atanasio; interrumpió un individuo que se aproximó al grupo y que llamó al instante sobre sí la atención de todos.

Y en efecto debia llamarla, porque pocos hombres presentaban reunidas en su persona cualidades más

contradictorias. En su frente se veían unas líneas puras indicio de bondad y aun de grandeza, al par que las ligeras arrugas que se distinguían entre sus ojos le daban un aire de dureza desagradable: al examinar su boca podría descubrir un fisonomista en el modo con que comprimía los labios un ser insensible y orgulloso; otro al examinar sus ojos negros brillantes y rasgados hubiera visto en ellos la vasta concepción, el genio capaz de crear obras sublimes; pero también hubiera adivinado por el modo con que los fijaba en los objetos, que nada en el mundo podía hacerlos bajar, seguro como estaba de superioridad sobre todos los que le rodeaban. Su traje suntuoso y del mayor gusto indicaba un sugeto que pertenecía á la mejor sociedad, y el aire de seguridad y satisfacción con que se acercó al noble grupo manifestaba la confianza que tenía con aquellos señores.

—No dudo de que aun existen los felices días de la pintura, contestó D. Francisco Toledo, sugeto de la primera nobleza de Granada, pues aunque han muerto los grandes pintores que se acaban de citar, viven todavía los discípulos que han heredado su genio: si falta Velazquez, vive Claudio Coello, si no existe Murillo, tenemos á nuestro amigo Atanasio, y si lloramos la muerte de Cano, nos consuela el ver que sus discípulos Mesa, Gomez, Cieza y otros siguen por la senda de perfección que él trazó.

—Demasiado limitan vuesañorías el número de pintores actuales, puesto que lo circunscriben á los profesores granadinos (repuso un jóven como de hasta 25 años que se habia acercado á examinar los cuadros), y si en verdad estos son buenos, no les van en zaga

los de las escuelas Sevillana, Madrileña y Valenciana. —Pinturas de todas esas escuelas he visto y examinado en Sevilla y Madrid, y no les cedo en ningún modo la preferencia, contestó con acento orgulloso Atanasio: si la de Madrid sobresale por la corrección del dibujo, y la poesía en el colorido, la de Sevilla por la pastosidad y dulzura de este, observando fielmente á la naturaleza, y la de Valencia por sus brillantes tintas y la feliz contraposición de claro oscuro; la de Granada reúne las cualidades enunciadas: y sino, díganme vuestras mercedes: ¿se puede exigir mas pureza en el dibujo y mas efecto que el que hay en el cuadro de la Trinidad de S. Diego, obra del racionero? Se puede pedir mas brillante colorido, un colorido digno de Wandick, al cuadro de S. Fernando de nuestro amigo Sevilla?...; y... seamos francos: ¿qué pedirá el mas exigente á mi cuadro de S. Bernardo, y á mis vírgenes? yo, señores, no cedo á nadie en mi arte, y aun cuando parezca alabanza propia, digo aquí públicamente que viviendo yo le quedan aun gloriosos dias á la pintura granadina.

—No seré yo quien niegue las bellezas de esta escuela; repuso el jóven, mas, puesto que quereis hacerla resaltar á espensas de las demas, no debo permitirlo por honor á todas ellas y particularmente á la de Madrid,

—Sois pintor, por ventura?

—No me tengo por tal, contestó con un tono visible de ironía, pero al despedirme de Claudio Coello mi maestro, me dijo: puedes pintar sin temor delante de todo el mundo.

—Y pintaríais delante de mi?

—Pintaría delante de vos.

—Sin temer quedar vencido?

—Podiera suceder que no lo fuese.

—Mucha presuncion teneis, caballero.

—Se ha despertado todo el orgullo de mi profesion al oiros hablar tan desdeñosamente de los demas pintores.

—Sabeis quien soy?

—Sí señor; sois D. Pedro Atanasio Bocanegra, discípulo el mas aventajado del racionero Alonso Cano, pintor de cámara de S. M. rival de Juan de Sevilla.....

—Basta: puesto que conociéndome persistis en vuestro empeño, os propongo un desafio artístico: tratémonos mutuamente, y aquel que mejor lo ejecute será el vencedor.

—Aun cuando no es la pintura mi profesion favorita, acepto.

—Pues quien sois voz?

—Yo, contestó con fingida humildad el jóven, un simple albañil que se ha opuesto á la plaza vacante de maestro mayor de obras de la Catedral.

—Seriais.....

—Teodoro Ardemans, pintor, arquitecto é hidráulico de la escuela Madrileña, repuso haciendo un saludo, y despidiéndose del noble grupo.

Mucho se habia estendido por la ciudad la noticia del desafio entre los dos pintores, y todos los aficionados ansiaban porque llegase el dia para presenciarlo. Una doble curiosidad los escitaba; la de ver una muestra del talento artístico de Ardemans, y la de considerar al orgulloso Atanasio frente á frente de un

rival digno de él. Los que conocían el carácter de este presagiaban, si vencía, un considerable aumento en su porte altanero, y si era vencido que no podría tolerar esta afrenta, cuando se tenía por el primer pintor de la época: y en efecto, había dado tantas y tales pruebas de maestría en su arte, que bien se le podía disculpar en algún tanto su orgullo, cuando todo artista necesita tener un convencimiento de que vale algo, para no desalentarse, y adelantar y crear, y aventajarse á sí propio en cada nueva obra que emprende: hasta entonces solo había tenido por rival á Juan de Sevilla, pintor esclarecido, discípulo de Pedro de Moya; pero la supremacía había quedado indecisa, porque si Atanasio era inimitable en sus Virgenes pintándolas con la dulzura de Murillo y la gracia de Rafael, Sevilla, que se había encastado en el estilo de Wandick, le era superior como colorista, y era mas valiente en sus composiciones sin perder por eso la gracia en sus figuras de Virgenes: así que, cuando se le presentaba la Concepcion de la Cartuja de aquel, oponía su Ascension de la capilla de Santa Teresa en la catedral, y cuando le enseñaron los dos magníficos lienzos de Atanasio, fijos en los altares colaterales de la iglesia metropolitana que representan á S. Bernando, y á Jesus en la columna, contestó pintando otros dos que colocó en los medios puntos encima de aquellos, representando, á S. Basilio dando la regla á S. Benito, y un martirio de S. Cecilio: de modo que ambos habían dividido, desde la muerte del gran Cano, la supremacía de la pintura en Granada.

Ahora se presentaba un nuevo rival, de otra escuela, jóven y atrevido; demasiado era esto para es-

uitar el orgullo de Bocanegra, á quien habian desvanecido en algun tanto los honores de pintor, de cámara con que el rey Carlos II habia recompensado su magnífico cuadro que representaba el geroglífico de la justicia que pintó para S. M. por recomendacion del Marqués de Mancera.

Llegó por fin el ansiado dia, y se presentaron ambos campeones en casa de D. Francisco de Toledo, en la que se hallaban reunidos una multitud de caballeros amigos de ambos y de la mas esclarecida nobleza. Antes de empezar los retratos, ya estaban divididas las simpatías de los circunstantes á favor de los pintores. Los unos, amigos y entusiastas de Atanasio contaban por seguro su triunfo; los otros á quienes habia interesado la juventud y desembarazo de Ardemans leian en sus ojos que no se lo dejaria arrebatara facilmente: todos esperaban con la mayor impaciencia, de modo que cuando D. Francisco presentó la paleta y los pinceles á los dos rivales, y comenzó el jóven Madrileño á pintar, (pues fué el que principió) suspendiéronse todas las conversaciones, fijáronse todos los ojos en su mano, y apenas se oia otro ruido que el golpeteo de los latidos del corazon de ambos, y la respiracion entrecortada de los circunstantes.

Imponente era en verdad aquel espectáculo, pero apenas influyó en el ánimo de Ardemans, que repues-to en el momento de la ligera conmocion que experimentó al empuñar los pinceles, empezó con mano firme el retrato de Atanasio sin haber hecho trazo ni tanteo ninguno. Grande fué el asombro de los que estaban presentes al ver la seguridad con que pasaba

los pinceles cargados de colores por el lienzo, y al observar como brotaba casi por encanto la severa fisonomía de Atanasio con su frente plegada; sus ojos llameantes, sus labios comprimidos, y sus mejillas encendidas de orgullo: menos de una hora habia pasado desde que comenzó, cuando levantándose, exclamó.

—Es este Atanasio?

—Bien; excelente; admirable: gritaron todos precipitándose hacia el caballete. Inclínose también Atanasio, y al ver su retrato en el que no halló un defecto ni en el parecido, ni en el dibujo, ni en el colorido, palideció de repente y guardó un profundo silencio.

—Ahora os toca á vos, dijo D. Francisco Toledo alargándole los pinceles.

—Dispensadme señores, contestó: me sería imposible en este momento, pero otro dia continuaremos sino hallais en ello inconveniente.

—Me conformo, exclamó Ardemans: el señor tendrá la bondad de designarlo.

—Pasado mañana, contestó, despidiéndose de todos y bajando apresuradamente la escalera.

Terrible golpe habia sido este para su amor propio: él, el primer pintor de Granada se aterró al ver la facilidad y la maestría de su rival, y no consideró, tan ciego estaba, que un retrato hecho con mas ó menos felicidad no constituye un pintor; que en caso de que Ardemans le hubiese aventajado en la ejecución del suyo, no perdía una reputación legítimamente conquistada con innumerables obras en las que estaba impreso el sello de su genio, y finalmente, que podia haberle propuesto á seguida un cuadro de composi-

cion en el que indudablemente el triunfo hubiera sido suyo: pero no; solamente miró que habia hecho una obra perfecta en un brevísimo tiempo, y esto en presencia de sus amigos, y ciego de cólera y avergonzado interiormente, entró en su casa, y tirándose sobre un sillón incliné su abrasada cabeza sobre las manos, y quedóse con el alma dominada por un solo pensamiento, el de su humillacion.

Mucho cundió por Granada esta noticia, y todos esperaban el desenlace de un suceso que tenia en expectativa todos los ánimos, cuando al encontrarse reunidos en casa de D. Francisco Toledo todos los caballeros que habian asistido á la sesion anterior, esperando á Atanasio, vieron entrar á D. Francisco quien con acento trémulo, les dijo.

—Es inútil esperar, señores, D. Pedro Atanasio Bocanegra ha muerto.

—Ha muerto! exclamaron todos.

—Sí: una conmocion cerebral ha concluido sus dias; acabo de saberlo en este instante.

—Lloremos su muerte, señores, dijo D. Teodoro Ardemans, porque las bellas artes españolas han perdido uno de los mas ilustres pintores de la época.



EL

CUADRO DE LA CHANFAINA.

POR

D. José Gimenez-Serrano.

El 5 de marzo de 1660 caminaban de mañana, por el tristísimo carril que conduce al monasterio de la Cartuja granadina, un clérigo y un rapazuelo que jadeaba abrumado con el peso de un lienzo de dimensiones colosales.

Alto, enjuto, aguileño de rostro y fiero en la mirada era el clérigo: sus manteos derrotados tenían un color medio entre la aceituna de agua y el ala de la moscarda; su porte parecía de soldado, un andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones. Tan extraño conjunto se comprende revelando el nombre del clérigo, que no era otro sino Alonso Cano, insigne pintor, y escultor famoso entre naturales y extranjeros.